

Presentación



Lucas Adur

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires/CONICET
lucasadur@gmail.com

En 1979, Borges reunió cinco conferencias que había dictado el año anterior en la Universidad de Belgrano y las publicó con el título *Borges oral*. El título es afortunado: la oralidad fue, efectivamente, un tópico borgeano, en distintos sentidos. Como tema de reflexión (pensemos por ejemplo en “El idioma de los argentinos” o los ensayos sobre la gauchesca), como horizonte estilístico perseguido con distintas inflexiones (desde los intentos de mimesis de la entonación porteña en los libros de la década del veinte hasta la escritura de guiones cinematográficos) y también, sobre todo, como práctica constante. La oralidad pública de Borges, esas innumerables entrevistas, diálogos y conferencias, constituye una parte relevante de su producción, a tal punto que Annick Louis ha hablado de una *obra oral*, que medra con intensidad a partir de mediados de la década del cincuenta, cuando coinciden el agravamiento de su ceguera y la consagración nacional e internacional. Para muchos argentinos y argentinas, Borges fue, antes que una literatura, una voz –temblorosa, inconfundible– escuchada en la radio, en la televisión, en alguna presentación o leída en diarios y revistas.

Los trabajos que aquí reunimos en más de un sentido dialogan con esta faceta de la producción borgeana. Por un lado, porque fueron ellos mismos, en su origen, orales. Los textos que integran este *dossier* son reelaboraciones de conferencias dictadas por los autores en las Jornadas Borges (2020-2022), coorganizadas por el Ministerio de Cultura de la Nación, la Fundación Internacional Jorge Luis Borges y el FILOCYT “Escrituras de dios. Borges y las religiones”, radicado en el Instituto de Literatura Argentina (Facultad de Filosofía y Letras, UBA). Algo de esa impronta coloquial persiste en las versiones escritas: en su sintaxis, en su estructura, en ciertos giros, en eso que podemos llamar un *tono* que se aleja del que caracteriza a los *papers* (para decirlo borgeanamente: “Estas palabras hay que oírlas, no leerlas...”). Por otro lado, porque abundan desde distintas perspectivas y en distintos sentidos, algo de lo que podemos llamar la *oralidad* borgeana, esa conversación infinita que es su literatura.

El trabajo de Annick Louis, “Borges: fabulaciones autoriales acerca del premio Nobel”, es el que más directamente se refiere a la *obra oral*, indagando el modo en que el autor trabaja –¿se enfrenta con?– un motivo recurrente en muchas de las entrevistas que concedió en los últimos años de su vida: el inalcanzable galardón suizo. El texto de Aníbal Jarkowski, “A sesenta años de *El hacedor*” parte, justamente, del momento en el que Borges, imposibilitado de escribir por sí mismo a causa de su ceguera, debe comenzar a dictar “cosas breves”. En “Duelos paternos”, de Lucas Adur, la conversación literaria es, no solo un motivo central en el relato abordado –“Tlön, Uqbar,

Orbis Tertius”– sino, en buena medida, una forma, una condición de producción y circulación de la textualidad borgeana. Sergio Pastormerlo, por su parte, en “Borges y la historia literaria (cómo pudo fundarse la literatura argentina)” se pregunta por el joven escritor en los años veinte, en el tiempo de su *iniciación*, y más ampliamente por la (vieja) noción de *nueva generación literaria*, donde late también la idea de “vida literaria”, hecha de tertulias, conversaciones, polémicas y conspiraciones. Por último, el ensayo de Julio Schwartzman, “Una pulpería en cuchilla negra y un metal que no es de este mundo” propone otro recorrido por “Tlön...”, muy atento a cuestiones vinculadas al tono, a la enunciación borgeana, a esa “prosa que nos arrastra, como un torbellino, hacia su consistencia”, a los juegos con grafías y fonaciones (casi) imposibles.

Estas voces críticas plantean, en suma, un nuevo acercamiento a la obra –escrita y oral– de Borges, en un extenso arco que va desde sus inicios en la década del veinte hasta el último período de su producción, pasando por hitos centrales de su producción –la narrativa de los años treinta y cuarenta, la reinención de su prosa y su poesía en los sesenta–. Un acercamiento que elegimos denominar *coral*, por su sustrato de conversaciones y porque dialogan entre sí y quieren sumarse a ese diálogo que abarca años, lenguas y leguas, sobre uno de nuestros máximos escritores. Pensadas en el marco de una lectura coloquial y colectiva, participan de la idea de que el conocimiento se construye en forma grupal, de que como le gustaba decir a Alfonso Reyes “entre todos sabemos todo”.